



CLARA SÁNCHEZ

LOS
PECADOS
DE MARISA
SALAS

 Planeta

Clara Sánchez



Los pecados de Marisa Salas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Clara Sánchez, 2023, en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: octubre de 2023

Depósito legal: B. 14.872-2023

ISBN: 978-84-08-27762-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Mi padre conduce un tráiler de treinta y ocho toneladas y se pasa mucho tiempo fuera de casa, lo que ha provocado una unión entre mi madre y yo que le excluye un poco a él. También el hecho de que mi madre y yo tengamos los ojos azules y nos parezcamos físicamente mientras que mi padre es recio, muy moreno y tirando a tosco. Cuando llega de sus viajes nos mira como a dos turistas de paso por su sombría vida, y en la mesa se cruza de brazos intentando replegarse, a veces alarga uno para abrir el bote de los pepinillos, y la musculatura de la mano y el brazo se expande en medio de nuestras manos y brazos más finos. Mi madre le pregunta qué ha visto de nuevo por ahí y él se encoge de hombros. «Nada mejor que esto», contesta. Hubo una época en que traía regalos, pero cuando se dio cuenta de que no nos gustaban y era un incordio tener que alabarlos dejó de hacerlo. Prefiere engrosar la cuenta bancaria. «Ve mirando pisos —le dice a mi madre—, podemos permitirnos comprar uno, no quiero que continúes en este». A mí hace un año que me ha comprado la pequeña vivienda de los antiguos porteros y la hemos arreglado dándole aire de estudio juvenil. Así cuando llega de viaje no tiene que verme nada más entrar y puede solazarse con la presencia de mi madre. Una presencia que le recompensa de todo ese mundo que recorre sin encontrar

nada mejor que esto. Siempre la mira casi avergonzado de poder mirarla, de tenerla para sí, de poder encontrarla cada vez que llega. «No te merezco», parece decirle constantemente, y mi madre le sirve una copa de vino, le pasa la mano por el pelo, le anima a que se cambie de ropa. Mi padre jamás le pide explicaciones de lo que ha hecho en su ausencia, le parece suficiente que no haya huido con otro tío de ojos azules como nosotros. Yo siempre he tenido la sensación de que para él soy una réplica barata de ella. ¿Para qué yo si ya existe ella? Le habría gustado más que fuese un hombre fuerte como él, no sentir esta competencia atrofiada que represento yo.

En mi estudio me encuentro bien. Me pongo música y tras terminar la carrera sin pena ni gloria preparo unas oposiciones a la banca. Mi padre no cree en nada de lo que hago, sabe que no hago nada, no espera nada de mí, no me pregunta cómo lo llevo. Considera las oposiciones un pasatiempo para justificar mi paga del mes y vivir de gorra. No lo dice en voz alta para no molestar a mi madre. Soy algo con lo que tiene que apenar. No es que no me quiera, siempre que me he puesto enfermo se ha preocupado mucho. Simplemente soy un extraño para él, no me comprende en absoluto. No sabe cómo alentarme, cómo regañarme, cómo imponerse a mí, y yo no le facilito las cosas porque sería muy cansado entablar conversaciones profundas con él, incluso conversaciones superficiales, incluso frases cortas para preguntar si quiere leche con el café.

MARISA

Es una mañana soleada y alegre de abril. La gente va cambiando los abrigos por cazadoras y chaquetas ligeras, y el escaparate de la librería del centro comercial resplandece con la última novedad literaria de la que todo el mundo habla, *Los sueños insondables*.

Dentro, la foto de su autor, Luis Isla, se sostiene sobre pilas de cincuenta ejemplares, cada una produciendo una sensación tan irresistible que no puedo evitar coger uno ni pasar los dedos por sus letras en relieve, una de esas caricias inconscientes que salen solas, y abrirlo. «Una gran historia y un gran descubrimiento este muchacho», me dice Simón, el librero, con un entusiasmo que se reserva para los grandes lanzamientos. El ambiente es veraniego, casi sofocante en torno a la mesa de novedades. «No recomendaría un libro en el que no creyera», añade con el empeño de pillarme con la guardia baja y que compre algo, una esperanza que abriga desde hace años. Normalmente acudo aquí a hojear un rato las novedades a la espera de que aterricen en la biblioteca pública para tomarlas en préstamo. No estoy dispuesta a desembolsar un solo euro en una industria que treinta años atrás me trató con indiferencia, que es todo lo contrario al amor. ¿Quién se acuerda ya de mi única novela *Días de sol*, publicada en 1989, completamente descatalogada, inencontrable, olvidada?

—Veo que Carolina Cox ha sacado novela —digo señalando una pequeña colina de libros sepultada por las grandes montañas de *Los sueños insondables*.

—Está mal que yo lo diga —dice él—, pero francamente no hay color entre *Los sueños insondables* y otra novela repetitiva de Carolina.

Siento algo precioso en el corazón, una especie de amor hacia Simón. Él no puede sospechar que Carolina publicó su primera novela en el mismo año que yo y con el mismo editor, con la diferencia de que ella triunfó a lo grande y yo desaparecí, una moneda al aire que el universo volcó a su favor.

—No se puede estar siempre aupando a los mismos escritores —continúa Simón—. La literatura necesita sangre fresca y *Los sueños insondables* lo es.

Es esta frase la que me anima a echarle un vistazo a la primera página con la esperanza de que de verdad sea mejor que cualquier cosa escrita por Carolina. Y tengo que cerrar la novela. Jamás me habría esperado leer lo que leo. Será una ilusión como cuando crees que conoces a alguien que no conoces o crees que has visto algo que no has visto o tienes uno de esos sueños lúcidos o premonitorios de algo que podría suceder. De todos modos, no puedo evitar que el corazón vaya más rápido de lo aconsejable. Quizá es el calor y ese tipo de radiación que desprende la acumulación de libros y también una advertencia de que tendría que controlarme la tensión de vez en cuando, ya no soy una niña. Vuelvo a abrirla y leo de nuevo unas palabras que reconozco dentro de mí. ¿O será una señal lanzada por Carolina para recordarme una vez más que ella está dentro del escaparate y yo fuera? Me siento revuelta, con náuseas, como si hubiese corrido y sudado y luego me hubiera tomado un vaso de agua helada. Para tranquilizarme abro ahora la novela por la mitad y leo media página. No

tengo más remedio que apoyarme en la mesa de novedades y noto un hilo de sangre que me resbala desde la nariz. Cae una gota que emborrona la palabra «mar», por lo que no puedo devolver la novela a su sitio y me dirijo a la caja a pagar ante la sorprendida mirada de Simón. Puede que sea la primera vez que me ve salir con una bolsa de la librería y en correspondencia me tiende un trozo de algodón. No puedo culparle por no haber leído *Días de sol* ni conocer su existencia. Pasó desapercibida por la escasa tirada y porque esas pocas copias la editorial las destruyó para hacer hueco en los almacenes, no sin antes comunicármelo de la forma más escueta y fría posible. Estoy casi segura de no conservar ningún ejemplar. Las mudanzas, las responsabilidades y el empeño en olvidar que escribí una novela consiguieron que pasara página, que erradicara *Días de sol* de mi vida igual que esos padres que matan a los hijos para intentar volver a la despreocupación de antes. Pero uno no deja de ser padre, aunque mate a los hijos; el daño ya está hecho. Y mi novela desapareció en el espacio profundo como *Días de sol*, para regresar mucho tiempo después convertida en *Los sueños insondables* del fascinante escritor Luis Isla.

El centro comercial está a cuatro kilómetros de casa y Mauricio y yo solemos ir en coche. Pero ahora necesito caminar hasta sacudirme de encima la impresión de haber leído mi novela en otra novela, trescientas páginas abandonadas a la oscuridad y de las que incluso yo misma había acabado renegando cuando tiré años después al contenedor de papel y cartón los pocos ejemplares que la editorial me había regalado. Tengo tiempo durante el camino para hacer una parada en un bar, tomarme un café, ir al baño, cambiarme el algodón de la nariz por un trozo de papel higiénico y mirarme en un espejo empañado por cien mil alientos diferentes y sentirme confusa y mal por haber lle-

gado a los sesenta años sin darme cuenta, por haber hibernado en una cápsula invisible y haber despertado de pronto. He abierto los ojos de repente y no entiendo nada. Necesito tiempo para poner de nuevo los pies en la tierra y poder saludar con normalidad a Mauricio que estará regando el pequeño jardín de la entrada en camiseta y el pantalón corto del pijama.

«Voy preparándome para la jubilación» suele decir medio en serio, medio en broma, aunque todo apunta a que es en serio. Hasta ahora nunca se ha interesado por regar ni por comprar semillas ni por restaurar un mueble. Los vecinos que hacen estas cosas le parecen parte del decorado que él atraviesa mañana y tarde hacia el mundo real. Y creo que únicamente por mí compró este adosado cerca de la A-2 en que el restaurante más antiguo se remonta a solo diez años.

—Tu hijo viene a comer mañana —dice al oír cerrarse la cancela—. Iré esta tarde al súper a comprar esas cervezas artesanales que tanto le gustan.

El ir al súper por su cuenta supone otro paso hacia la jubilación desde que han dejado de agobiarle los horarios del hospital, las conferencias y mil cargas más.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta cerrando la manguera y observando el tapón empapado de sangre.

Pedro solo es hijo mío. Cuando Mauricio lo conoció, el niño tenía siete años y no les costó demasiado acostumbrarse el uno al otro, al fin y al cabo mi hijo no había conocido a ningún padre más que a este. Formamos una familia y quizá por eso *Días de sol* está bien donde está, en cualquier parte mejor que con nosotros, porque todo lo que allí se cuenta podría interferir demasiado en nuestras vidas.

Mauricio también echa un vistazo a la bolsa de papel marrón y exclama con cierto júbilo: «¡Has estado en la librería!».

Sé de sobra que mi rechazo a comprar libros le defrauda bastante. Él los compra a mansalva. Cuando me ve ir y venir de la biblioteca y estar pendiente de la fecha de devolución suele decir que podemos permitirnos el lujo de comprarlos e ir atesorando una gran biblioteca para Pedro y mi nieto Gabi. Me pregunta si no me tienta el olor de lo nuevo, abrir las páginas por primera vez, me dice que es como descubrir una playa salvaje, un nuevo continente, convertirme en una especie de Colón, una insistencia tal que me obligaba a acudir a escondidas a la biblioteca. Aprovecho cuando él está en el hospital y también para escribir algunos pensamientos e ideas de relatos sin que se entere y no me dé la vara con eso de llevar el manuscrito a algún paciente suyo que por esas casualidades de la vida sería editor.

—No te hagas ilusiones —contesto—. Dentro de la bolsa solo hay una camiseta y unas gafas de sol.

Vuelve a abrir la manguera resignado. Preparo rápidamente dos hamburguesas y una ensalada sin darle tiempo de acompañarme en la cocina, a lo que también está habituándose últimamente para de alguna manera ir entrando en el apacible mundo del vecindario.

En la mesa se encuentra relajado y con ganas de charla, dejando escapar mientras mastica palabras pausadas sobre cosas que podrían ser importantes o no y que no logro escuchar. Pego un último mordisco y me levanto.

—Creo que voy a echarme un rato —digo.

—¿Por qué no te examino o, mejor aún, te llevo al hospital? —pregunta señalándome la nariz.

Doy a entender que más tarde para que no insista. *Los sueños insondables* esperan dentro de la bolsa y cada vez que lo pienso todo me da vueltas. Mauricio sigue hablándome, lanzándome alguna recomendación desde el otro lado de la mesa. Un eco lejano. Pedro vendrá con el niño

el domingo. «Muy bien», digo. Alguna vez se me pasa por la cabeza escribirle a mi nieto un cuento sobre peces o ardillas, un cuento bonito que le obligue a recordarme toda la vida, pero entonces ya estaría delatándome como escritora y toda la labor de dejar de serlo se iría al garete.

Me descalzo y me tumbo en la cama de la habitación de invitados que es la más fresca de la casa. Da a la parte trasera donde Mauricio ha plantado las tomateras y unas acelgas, que hay que regar constantemente por lo que su próximo proyecto consiste en instalar un riego automático para cuya operación ha comprado un rollo de goma negra, que lleva apoyada en la pared dos años. Y la contemplación del rollo de goma, el olor de los tomates, la persiana medio bajada y un hilo de aire que se filtra por debajo convierten esta habitación en una máquina del tiempo a la espera de ser enchufada. La bolsa cruje al sacar la novela de Luis Isla.